

hablaré, en estas «notas,» de ese libro que él escribió con todos sus nervios y que yo oí como si todos mis poros fueran oídos. Dice Maupassant:

«Siento la calma, el tibio y blando sosiego de una mañana primaveral en el Mediodía, y hasta me imagino que semanas, meses, años ha, dejé á las gentes que hablan y se agitan. Siento que me entra la embriaguez de estar solo; la embriaguez apacible del reposo que nada turbará, ni blanca esquela, ni mensaje azul, ni el timbre de mi puerta, ni el ladrido de mi perro. Ya no me llamarán ya no me invitarán, ya no me arrastrarán oprimiéndome con sonrisas, acosándome con cortesías. Estoy solo, verdaderamente solo, verdaderamente libre..... Quince días sin hablar, ¡qué alegría! ¡Oh, pobre Maupassant, que estabas solo! Ya

*Tu alma es un castillo solitario
Que habitan los fantasmas. . . !*

Pero ¡cómo palpita en esas breves líneas el *tedium vitæ*, el anhelo de aislarse, emanciparse y vivir uno para sí y para los suyos!

En el libro de Bourget, citado antes, y que tenía también en mi buró, se ve asimismo la tristeza, pero menos agudamente nerviosa que la de Maupassant, y más rayana en la pía resignación de Ernesto Renán. Los dos grandes artistas iban, uno á Italia, el otro al mar, á vivir solos. Los dos huían.

.....
Mató mi luz el sueño. ¿Cómo será Jalapa?

II.

En Jalapa la luz es perezosa. Tarda mucho en salir de sus colchas de nubes, y sin duda para no despertarla, para que ningún ruido turbe su reposo, las campanas no dan el toque de alba. Extraña este silencio de las torres, sobre todo cuando la víspera se ha amanecido en la tórrida Puebla. En Puebla no descansan las campanas. Parece que todas á la vez entonan la letanía, y ya una con penetrante retintín llama á misa, ya otra con grave entonación de abad convoca al coro; grita ésta, canta aquélla, gruñe la de más allá; y el aire se llena de rumores metálicos, que chocan como escudos de combatientes en la brega, que corren como carros de aurigas, que majan comolos mazos en el yunque. En Jalapa los pájaros son los que reciben al nuevo día. Despierta uno porque el sueño se despide, no porque un campanazo lo haga huir espantado.

Apenas hubo luz, salí á la calle. ¿Luz.....? Sí, pero como luz

de veladora vista al través de porcelana blanca y diáfana. La neblina, envolviendo la cara de la luz, asemejábala á esas majas que, por coquetería provocativa, se tapan el rostro con la mantilla, dejando sólo ver los ojos. Salía del baile esa luz toda cubierta de encajes.

No puedo decir que hiciera frío. Hacía frescor. Sentí al salir lo que se siente en un baño tibio cuando el agua empieza á enfriarse: la sensación voluptuosa que produce el calor cuando se va poco á poco, ó la boca amada cuando se desprende lentamente de la nuestra.

La neblina de Londres ha de ser bruma, turbia, como de color de remolino. La que se alza del lago, mi buena y triste conocida, es casi azul y tan delgadita que parece convaleciente. Cuando la besa el sol se le enrojecen los pómulos, como á las tísicas. Esta neblina de Jalapa es blanca, parece, de veras, el velo con que va cubierta la sultana, cuando en palanquín, vuelve del baño. Se adivina que detrás de ese velo hay un cuerpo hecho de rosas y húmedo todavía. Se sienten deseos de morder esa gasa para llegar al brazo.

De cerca no la sentimos, no la vemos. Es como la dicha! Pero, allí está, á pocos pasos, como la dicha también! En donde aparece más blanca y más hermosa es en el fondo de esas hondonadas que llaman calles en Jalapa: por ejemplo, en el camino que va al *Dique*. Se espesa, se agrupa para subir hasta la iglesia, cual numeroso coro de novicias.

Entre la niebla, siente uno que las ropas se le mojan; y, en la cara, como si con pulverizadores la rociarán. Pero, ¿llueve en realidad? Yo veía puntitas de aguja atravesar sesgadamente el aire; pero me fijaba en el agua quieta de la fuente, y ninguna gota la hería: tan sutiles son así las briznas de agua que salpica esa llovizna. Parecíame que estaba dentro de una gran pompa de jabón.

Y nada mejor que esa neblina me dió la imagen de las tristezas muy calladas. ¿No os ha ocurrido al hablar con un amigo, al leer algún libro, sentirlos empapados en vapor de lágrimas? Y los ojos del amigo están pensativos; pero no lloran. El libro habla de flores, de poesías, tal vez de bailes. Pero no, no nos engañamos; se ha mojado en llanto nuestra alma..... sale vapor de lágrimas de esa boca, de ese libro!

Mirando, en mañana de niebla, esa bajada al *Dique*, relé la *Sinfonía en blanco mayor* de Theófilo Gautier. ¡Que deslumbrante blancura la de ese trozo pentélico! Pero, en verdad, ví defraudado mi propósito. No se compadecía con la niebla esa blancura. La celebrada por el apolíneo Theo es la mate, la humana, la marmórea, la que puede palparse; y esta de la neblina, es ténue, incorpórea, inmaterial. No la podía cantar el gran pagano, amador de

la forma; el artista supremo de quien paso, equivocadamente, por devoto ferventísimo. No: la poesía de Gautier es el paraíso de mis ojos; pero cuando cierro éstos para recordar, para soñar, para oír las voces de mi espíritu, busco á los poetas que han sufrido y han amado, y á los que hablarme saben de esperanzas.

La poesía de la niebla, ó es lamartiniana ó es fantástica, á manera de la de Uhland. En esas gasas de vapor se envuelve la imaginación muy á su gusto. Y como esa inmensa red de encaje vuela allá, con ella va la fantasía.

¿Véis como se confabulan esas nubes, de luengos trajes talaes, en la cumbre del Cofre? Abajo, trepa, azuleando, el humo de la fogata prendida por el leñador que hace carbón. Arriba, las viejas nubes hacen niebla.

Vinieron ellas del Citlaltepétl que alza su pico de cisne olímpico para coger una estrella; vinieron de la nieve; trayendo á cuestras grandes témpanos, y diligentes hilanderas, tejen niebla.

El que era trozo informe de hielo, ya es carrete de hilo muy delgado, que ellas van desenredando. Caen las hebras sutilísimas, levántalas el aire, enróscanse en espiras, únense en guedejas, flotan en el aire, espumean, se condensan, se enmarañan; y los husos de las nubes siguen girando con rapidez vertiginosa, y la rueca no para, y se enreda la atmósfera en las mallas de esa impalpable, aerea, blonda, blanca.

¡Ah, viejos árboles de Pacho...! No gustan de viejos verdes las honestas nubes. Ya os pusieron canas! Va la niebla llegando como un soplo que apaga, pero que al apagar no hace lo negro, hace lo blanco.

¿Y vosotros, oh altos liquidámbaros? El invierno os desvistió y tendéis los rugosos brazos desnudos, pidiendo hojas..... Ya van á envolveros en limpias sábanas de baño.

La niebla, todavía dispersa, corretea en sueltas bandadas. Todavía está en el campamento, vivaqueando, antes de formarse en batallones para la batalla. En las copas de los árboles parece corte de palomas. Y cuando la vemos en la cuenca, en la hondonada, en la barranca, pensamos en las lavanderas cuyos brazos están cuajados de lejía, ó en las que trepan ágiles y airosas por la loma, llevando en la cabeza los lebrillos que rebosan ropa blanca.

Luego la niebla cae y vence y cierra. Sentimos la humedad y abrimos el paraguas; pero el vapor de agua se nos sube á las barbas. Para esta lluvia chicuelina y brincadora no hay puerta cerrada, no hay rendija estrecha, no hay abrigo, no hay defensa.

Esa humedad que nunca llega á ser visible, que no mancha ni descascara la pared, que no enferma, que no huele, está en todas partes. La dejamos en la calle y la encontramos en la alcoba. Nos vestimos, y queda adentro del vestido. Nos metemos en la cama, y está escondida calentándose en las sábanas.

¿Para qué guarecernos en la casa? Quédese el gato apelonado en el sillón. Nosotros á la calle. A la calle; á sentir ese beso fresco de mujer que sale del baño.

La blancura impalpable nos rodea. Abrid los ojos para no ver más que un color. Sentíos dentro de un pomo de polvo de arroz. ¿Que no véis nada? ¡Ah, entonces el arte no ha dicho aún á vuestros ojos: Abríos! Coppee sí puede ver, puesto que ha dicho:

Et partout on voi neiger
Des plumes de tourtourelles!

Estais arrebujaos en la falda nívea de una novia. ¿Sabéis lo que flota en la atmósfera? Aroma de azahares. Hay nupcias en el aire.

Arriba de los tejados danzan bayaderas; ondulan túnicas de gasa; brilla una zapatilla de cristal cuando algún rayo de sol llega furtivo, culebreando, á asomar su pupila de oro por la rejita más abierta del encaje. Están celebrando con gran fiesta á la Santa preferida de la inmortalmente blanca Madame Recamier: á Santa Muselina.

Enfrente, en la azotea del palacio de la señora marquesa, un baile. Todas van peinadas de polvo. Las golos de los abates no tienen una sola mancha. Hay armiño en vez de alfombra. Y cuando el sol espía y huye para que no le atrapen, brilla el oro en el tisú lentejuleado de los caballeros.

Más allá, bajando, en esa planicie que apenas divisamos porque la cubre una tela que parece de vaho, marcha la caravana de los árabes. El aire agita sus alquiceles. Y en el lado opuesto al Norte, alean los mares de la niebla pálida, los de ondas frías, los de indecisos horizontes que ha pintado con espíritus de colores, con reflejos de nieve, el admirable Pierre Loti.

En medio está el templo con su toga blanca. Tal parece Araón en la montaña. Y, más cerca de nosotros . . . ¿no miráis? ¿Quién es ese caballero enharinado que parece salir de los brazos de la hermosa panadera que tenía muchos escudos? Parecióme, al pronto, el Comendador, el convidado de piedra, pero al acercarme ví que no era.

Un pantalón . . . un frac . . . una barba aguzada . . . una nariz zorra . . . un ojo de águila . . . una calva de genio . . . ¡él mismo! ¡Lerdo!

La magia de la niebla hábame hecho olvidar, y despierto en el parque de Jalapa. No os he contado aún cómo es la linda perfumista que ama y sueña, abanicada por los liquidámbaros. La neblina pasó ya por mi mano su jabón de coco para que escriba de Jalapa. Os hablaré de ella el jueves; y el domingo, desayuno en el Dique; almuerzo en el Molino.

PUEBLA.

También la catedral está de buen humor, y en las torres loquean las campanas. Adentro yo no sé lo que dirán los señores canónigos en el salón de los hermosos gobelinos; pero afuera, el repique vocea la buena y grata nueva, esparciendo alegría. Ya es la mañana del trabajo ó del paseo urbano; la mañana de la vida social, no la fresca del campo humedecida por el alba ni la caliente y mordera de la alcoba. El alto funcionario llama á su barbero; el empleado de poco sueldo y poca ropa, luciendo su lustroso traje negro—desmanchado la víspera—corre á la barbería. Esa señora, que ya dejó lavados y vestidos á los chicos, entra á misa. Esos muchachos que hoy no van á la escuela, se dispersan, como canicas de una caja volcada en el jardín. El cura se desayuna. El yankee almuerza. Estudiante, enciende el puro. Cantinero, prepara muchos sandwichs. Diputado á la Legislatura, ya es hora de que proteste gobernante nuevo.

En la Compañía — ¡cosa rara!—hay pocos devotos. Como repican tanto las campanas grandes, no se oye la voz temblorosa de las campanitas que llaman al divino sacrificio. Desbórdase la gente por las calles que están ahora con primor engalanadas. Cerró el comercio sus tiendas porque así lo quiso y no porque ninguno lo ordenara. Perdió un día de ventas, pero ganó un buen gobernador. Hay cortinas, hay flámulas, banderas, en todos los balcones. Los colores de Francia, los de España, los de Alemania, los de Italia, los de Suíza, los de Bélgica, forman espléndido cinturón á la ciudad. Las calles de Mercaderes, tan limpias, tan alegres y elegantes, parece que se abren paso con dificultad entre dos hileras de barcos empavesados. En la plaza, colgando de los árboles, faroles venecianos, forman arcos de triunfo para que pase por debajo de ellos, con altivez y brillo de victoria, tu mirada ¡oh Augusta! ¡Oh Hermosura!

Casi es imposible penetrar en el salón de la ley. Los soldados están donde es su sitio, abajo, de guardianes. Arriba aguardan los representantes del pueblo en sala abovedada que semeja galería de templo egipcio. Llega el gobernador: tipo militar; de veterano, pero no de viejo; varonil, pero no duro; valiente, pero no fanfarrón ni petulante. Su mirada es inteligente y recta; pasa sobre las cabezas como acero de general que da, á caballo, una señal de mando. Y no por eso es soberbia ni despótica: baja también y se de-

tiene con cariño en el soldado raso, en el herido. Revela al jefe y al afectuoso camarada. Manda á tiempo.

El presidente de la Legislatura, joven y distinguido, lee un discurso bien pensado y bien escrito. El gobernador contesta en otro de alma honrada y de forma serena. Lo pronuncia con voz clara, vibrante; pero á veces se emociona y su voz tiembla, como la mano del sacerdote ferviente al ir á tocar el ara santa. Esa palabra tiene buen corazón.

Después protestan los insaculados, y la comitiva oficial dirígese á Palacio, hendiendo la compacta multitud. No es Palacio ese que tiene el Ejecutivo de Puebla. Es una gran vivienda. En el salón, decorado sin lujo, reciben los nuevos felicitaciones y oyen lo que dicen las esperanzas balbucientes. Noto sinceridad en aquellas, y trasluzco en éstas mucha fe en el porvenir. No tienen miedo; confían en el hombre que escogieron.

Luego se va al banquete y éste es en el Colegio del Estado, edificio que honra á América y también á sus fundadores los jesuitas. En el aula mayor, de tallada y solemne sillería; frente á lienzos descoloridos por el tiempo, que representan á obispos y á próceres benefactores de la institución; vacante la presidencia porque ya el teólogo amarillo y de corva nariz no está en la cátedra, tendieron sobre mesa muy larga los manteles blancos. ¡Cómo contrasta la «pieza montada,» esbelta y modernísima, con la madera, adusta y venerable, de la viuda sillería! ¿Qué dirán las almas de doctores y maestros si por acaso viven ocultas en los tallados y vetustos asientos, al oír los disparos del Champagne? Eso sí: brindis no oyeron. Muy cuerdamente lós desterraron, como á poetas, como á perniciosos, quienes con tino y buen gusto dispusieron el festín.

Termina éste, y ciento cincuenta invitados se derraman conversando alegremente, por las amplias crujías, por corredores y salones, ó salen á recorrer las calles vestidas de fiesta.

En la noche, hay serenata. Sube el cohete vestido de máscara, con cerrado, estrecho dominó de luto, y cuando ya no podemos alcanzarle, quítase el antifaz, lanza un grito burlón, y para más mofarse de nosotros, el espléndido, el loco, el príncipe magnífico, sacude su escarcela y deja caer piedras preciosas, que no llegan á nuestras manos, ya tendidas y abiertas, porque se pierden juguetonas en el aire. Las estrellas, esas estrellas de Puebla que brillan tanto y que ven con tanto amor, miran enredarse en el cuello núbio de la Noche, sartas orientales de oro y de diamantes, de rubíes y de zafiros. ¡Y qué hermoso está el parque y cuán hermosas las que en él pasean! ¡Esas pupilas cayeron también de esas estrellas!

Poco á poco el silencio va cayendo y la sombra se va ahondando. Dijo bien el poeta: «Muy tristes, muy tristes son las músicas que se van!» La catedral se ha cubierto, de la cabeza á los pies,

con su velo de Madre Superiora. Habla de cuando en cuando; mas con voz pausada, lenta, grave. Alza un *oremus* ó gime el *Eheu fugaces*. Se ven luces dispersas: son las de las monjas vigilantes que rondan el silencioso dormitorio.

Volvamos al hotel. Allá espera la llama azul del ponche, que es la última que se apaga. Llevo un buen recuerdo más.

MORELIA.

No intento describir esta ciudad ni traer á cuento los innumerables recuerdos históricos que encierra. He titulado mi artículo «Morelia,» porque pensando en ella, viendo con la imaginación sus fértiles campiñas, su paseo de San Pedro, su humbrosa y melancólica calzada, sus viejos templos de fábrica española, sus amenos jardines y sus ruinosos monasterios, he empezado á escribirlo. Me parece estar en la loma de Santa María, coronada por lo que llaman y llamó la piedad cristiana de nuestros padres, el Calvario; en ese pueblecito, todo lleno de flores que se me figura un Mixcoac subido en hombros de indios á la cúspide del cerro. Desde allí es encantador el aspecto de Morelia: habrá otras ciudades más bellas; pero no conozco ninguna más simpática. Verla por primera vez desde ese punto ó desde la Loma del Zapote, y desear bajar para mirarla más de cerca, para refugiarse en sus nidos blancos, todo es uno. Se ve larga, como acostada y dormida en suave colina. Las torres de su catedral son muy esbeltas y pocos metros menos altas que las torres de la nuestra. Muchas otras torrecillas y cúpulas de capillitas, empínanse como asomadas á las espaciosas azoteas de las casas. No hay ningún río caudaloso en que Morelia pueda verse, porque no es coqueta ni presumida, sino humilde. Está acostada cuan larga es, á semejanza de una segadora rendida por el cansancio, y sólo las torres de su catedral son las que se alzan sobre las puntas de los pies, las que no duermen, para cuidarla, velando el sueño en que reposa, para espiar y ver de lejos si se acerca algún peligro. En todo el espacio que separa á Morelia de Santa María, falta la inmensa sombra, la sombra luminosa, porque el héroe hasta á su sombra comunica luz, del gran Morelos. En la ciudad está Ocampo: aquí, planea Morelos.

Y por cierto—dicho sea, al pasar—que ni Morelos ni Ocampo tienen todavía un monumento digno de su gloria en lo que fué Valladolid. Hay dos estatuas de Morelos en la ciudad. Una, la primitiva, ha mudado de sitios varias veces. Parece que los morelianos quieren despedirla y despacharla á México. Ha poco la dejaron cerca de la antigua garita por donde entraban las diligencias en aquel entonces. Ahora se viene á México por otro rumbo, y los morelianos, siempre corteses, la acompañaron hasta la plazoleta más próxima al paradero del ferrocarril. Allí se está. No es una estatua, es un muñeco puesto en el remate de una columna muy delgada y muy alta, como figura tallada en el puño de un bastón, extremadamente larga. Conocí á ese muñeco cuando tenía color de bronce; luego lo ví verde, ahora está blanco.

Otro Morelos hay en uno de los jardines de la plaza mayor; pero este Morelos es muy bajo de cuerpo, bastante gordo, y como tiene un papel en la mano izquierda y cierto aspecto de bondad cándida, más bien parece un respetable miembro del Ayuntamiento leyendo su discurso de diez y seis de Septiembre.

El Ocampo que está en el centro del otro jardín, en uno de los costados de la Catedral, parece más buen hombre todavía que el cura de Tarácuaro. Está de frac, y así, frente al palacio, tiene el aspecto de un diputado á la legislatura y de estar aguardando á que se abran las puertas para entrar al baile. Su pantalón y su frac no hacen ni una arruga. Son de corte irreprochable. Por eso dice una muy inteligente amiga mía, que el autor de esa estatua erró la vocación: debió haber sido sastre.

Ahora, puesto que á la plaza hemos bajado, podemos discurrir por la ciudad. La Catedral es hermosa; la rodea un buen enverjado de hierro; y el interior del templo, de orden dórico, está dividido en tres naves majestuosas. ¡Hubiérais visto sus torres, como yo las ví, iluminadas por millares de candilejas, á guisa de festones luminosos enredados en ellas! En los costados de la Catedral hay dos jardines que bien quisiéramos en México, por frondosos, limpios y esmeradamente cultivados. También hubo en esos jardines, durante las noches de la fiesta, pintoresca iluminación veneciana; pero esta iluminación, dispuesta con el mayor arte, tenía un carácter que nos es más familiar: el de todas las iluminaciones patrióticas. Globos verdes y blancos y encarnados, prendidos en las ramas de los árboles, á manera de frutos fabulosos de algún nuevo jardín de las Hespérides; formando arcos aquí, guirnaldas acullá, y en conjunto, una gran bandera tricolor.

En el centro de estos dos estandartes deslumbrantes, erguíanse las torres del templo, todas vestidas de luz, pero de luz uniforme, color de oro pálido. Diríase que todos los cirios de los altares, de los candiles y del coro, habían salido á las cornisas para ver la fies-

ta. No se miraban sus cuerpos blancos, como si estuvieran ellos enterrados en la piedra y sólo sacaran afuera las curiosas é inquietas cabecitas. Tampoco á los ángeles que vemos en algunos lienzos místicos se les mira el cuerpo. Y allí estaban, en las cornisas, en las horneras, en los calados, en los frisos, muy juntos, muy unidos, muy despiertos, hablándose con esos parpadeos que parecen cuchicheos, sonrisas maliciosas de la luz; moviendo sus cabecitas de fuego, como se mueven las cabezas de los niños, con los ojos muy abiertos y muy sueltos los finos rizos rubios, en las gradas de algún teatrillo de Guignol.

Esas travesuras de la luz me recordaron otras semejantes que ví en el bosque de San Pedro.

El bosque de San Pedro es el paseo más hermoso de Morelia. Por eso mismo son muy pocos los que van á él. Mi erudito amigo D. Juan de la Torre calcula que hay en él veintidos mil árboles. Para formarse, pues, aproximada idea de él, debe tenerse en cuenta que los árboles de nuestra Alameda de México, en la actualidad, no llegan á dos mil. El bosque de San Pedro es majestuoso, imponente, hermosamente triste. Más que paseo, se me figura aquél un enorme monasterio de árboles. Tienen éstos, en ese sitio de meditación y de quietud, no sé qué aspecto cenobítico. Cuando el viento agita sus hojas, se escucha como colosal murmullo de oración, como un salmo cantado á media voz por innúmero de monjes en algún coro gigantesco, cuya sillería nos imaginamos que es de ébano. ¡Qué felices son los morelianos, puesto que tienen la soledad tan cerca de ellos! Todo en ese bosque, es intrincado, enmarañado; y todo en él está inculto. He pasado allí las últimas horas de la tarde, y llegué á creer que la noche no bajaba á aquel sitio agreste, sino que salía de él, como una hamadriada sale de la hendidura encima para ir á la ciudad. Algunas de sus grandes calles, de sus grandes bóvedas, parecen túneles de hojas: en el fondo se vé un pequeño arco azul..... es la luz que se va, y antes de irse se asoma para ver quién queda adentro del bosque.

Aquí y allá se encuentra una que otra banca de piedra, no hechas para rozar la falda leve de una muchacha enamorada, sino la burda estameña de algún hábito monacal. Instintivamente se busca el convento que ha de estar no lejos, y se espera el encuentro con algún fraile pensativo que pasee, breviario en mano y camándula al cinto. Cae la noche y obsérvase entonces el efecto de luz que recordé al contemplar las torres iluminadas de la catedral: incontables luciérnagas culebream, mariposean ó se fijan y mueren en la yerba. Nada más bonito que estos volantes *no me olvidéis*. En algunos trechos, parece el campo alfombrado con hojas de violeta que se transparentan iluminadas por abajo. Se diría que muchos duendes retozones, por pasatiempo, se ocupan en encender

átomos de aire y en apagarlos, apenas encendidos. Otras veces, están las luciérnagas paradas momentáneamente en las obscuras hojas, y tal creemos que nos ven las hojas. Y tiene algo de beso esa mirada que dura! Hay mucha sombra; no se ve nada; pero vemos luciérnagas, es decir, vemos el aire.

Así me figuro el limbo de que hablan los místicos: una atmósfera hecha de luciérnagas!

Saliendo del bosque de San Pedro, se entra á lo que llaman la calzada. Más de quinientos metros tiene esta calzada, que es una larga calle de fresnos. A ambos lados tiene hileras de bancos ó lunetas de piedras. Atrás de esas bancas y á poca distancia de ellas están las casas á donde van á veranear las familias acomodadas de Morelia.

Se respira con amplitud y fuerza en aquella frondosa nave. De cuando en cuando pasa el tranvía, y ese nos lleva, material y moralmente, á la ciudad. Menos nos habla de civilización y de cultura urbanas, la luz eléctrica con que alumbran la calzada, porque al cabo y al fin la luz eléctrica tiene mucho de fantástico. Los focos, suspendidos de los árboles, pueden hacernos creer que aquel lugar está alumbrado con las lunas viejas que envejecieron y fueron dadas de baja en el año.

En un extremo de la calzada está la plazuela de Villalongín: se llamaba antes «de las Animas,» y lleva ahora el nombre dicho antes, en memoria de un hecho insigne.—«Hubo un tiempo—dice el Sr. de la Torre—en que la iglesia de las Animas, después de cerrada al culto, se destinó á reclusión de señoras, y la esposa del insurgente Villalongín, perseguido por el gobierno español, fué encerrada en aquella, con la mira de obligar por este medio á su marido, á que depusiese las armas; el jefe Villalongín, lejos de desistir de sus patrióticos propósitos, acompañado de su asistente penetró un día á la ciudad, salvando los puestos militares y extrajo de la reclusión á su esposa, con gran sorpresa de los guardias y de la población entera.»

¡Cuántos otros serían capaces de ejecutar el propio acto de heroísmo, para dejar en reclusión á sus mujeres!

En esta plaza de Villalongín ó de las Animas, nos abocamos á la ciudad. Ya está allí la gran arteria de Morelia; se ven las luces de las tiendas, los escasos transeuntes; mas, sin medio de evitarlo, volvemos la vista atrás, buscando al monje que debe de acompañarnos. Allá, en el otro término de la calzada, está el santuario de Guadalupe, y aunque cerca de él se ve el lindo jardín azteca, modernísimo, elegante, trazado y hecho durante el Gobierno del Sr. Jiménez, no podemos sacudirnos la impresión monacal que llevamos encima. Por añadidura pasan al lado nuestro—voy con Ud., lector—hombres envueltos en anchas capas y que, ó son sacerdotes, ó lo fueron, ó van á serlo.

Todo en Morelia, y á pesar de la estatua de Ocampo, es clerical. Y allí sin duda el clero fué muy rico y aun conserva restos de su opulencia. Lo dicen los treinta templos—entre templos propiamente dichos y capillas—que existen todavía, amén de los extinguidos; lo dicen las ruinas de esos conventos tan grandes como las del Carmen; y las suntuosas fábricas levantadas allí por jesuitas ó por frailes. Lo que es ahora Escuela de Artes—y por cierto, hermosísimo edificio,—fué antaño colegio de jesuitas. Lo que es ahora palacio de Gobierno, fué Seminario, y en él se educó Ocampo. Y para no intrincarnos ni hacer referencia á otros grandes conventos como el de San Francisco y muchos más, básteme citar las construcciones nuevas emprendidas recientemente por el clero: el soberbio Seminario y el Colegio de Guadalupe destinado á la enseñanza de las niñas.

Pero estas instituciones eclesiásticas, así como las civiles ú oficiales, merecen capítulo aparte.

El lector ha de estar cansado; y ¿cómo no, si yo que me quiero más y me oigo más que él á mí, lo estoy también?

Humoradas Dominicales